

# Fernando Pessoa

# Cartas a Ophélia

## Primera etapa

1920

1

1 de marzo de 1920

Ophelinha:

Para mostrarme su desprecio, o al menos su absoluta indiferencia, no era menester el disfraz transparente de un discurso tan largo, ni esa serie de «razones» tan poco sinceras como convincentes que me ha escrito. Bastaba con decírmelo. Tal como lo hizo, lo entiendo del mismo modo, pero me duele más.

Si antes que a mí prefiere al joven que la corteja, y que evidentemente le gusta mucho, ¿cómo podría tomármelo mal? Usted, Ophelinha, puede preferir a quien quiera: no tiene obligación, creo yo, de amarme, ni debe (a no ser que quiera divertirse) fingir que me ama.

Quien ama de verdad no escribe cartas que parecen requerimientos de abogado. El amor no examina tanto las cosas, ni trata a los demás como reos a quienes es necesario «comprometer».

¿Por qué no es sincera conmigo? Qué empeño tiene en hacer sufrir a quien no le ha hecho daño, ni a usted ni a nadie; a quien tiene por peso y dolor suficiente la propia vida aislada y triste, y que no precisa que nadie venga a aumentárselos creándole falsas esperanzas, mostrándole afectos fingidos. Con qué interés, incluso si fuera por diversión; con qué provecho, incluso si fuera por burla.

Admito que todo esto resulta cómico, y que la parte más cómica de todo esto soy yo.

Yo mismo lo encontraría gracioso si no la amase tanto, si tuviera tiempo para pensar en otra cosa que no fuese en el dolor que usted tiene el gusto de

provocarme, sin que yo, a no ser por el hecho de amarla, lo haya merecido, y creo que amarla no es razón suficiente para merecerlo. En fin...

Ahí va el «documento escrito» que me pide. Reconoce mi firma el notario público Eugenio Silva [6].

Fernando Pessoa

2

18 de marzo de 1920

Agradezco mucho su carta.

Lo he pasado muy mal debido a las razones que puede imaginar. Incluso, para que todo resulte desagradable, hace dos noches que no duermo, pues la angina produce una saliva constante y me sucede esta gran estupidez: tener que escupir cada dos minutos, lo que me intranquiliza. Ahora estoy al mismo tiempo mejor y peor que por la mañana; tengo menos ardor de garganta, pero vuelvo a tener fiebre, cosa que antes no tenía. (Note que esta carta está escrita en el mismo estilo que la suya, porque Osorio[7] está aquí al lado de la cama donde estoy escribiendo y, como es natural, repara de vez en cuando en lo que escribo).

Con la fiebre y los dolores de cabeza que sufro, no puedo seguir escribiendo. Para responder a lo que me preguntas, las otras cosas, mi amorcito (ojalá que Osorio no haya visto esto), tendría que escribir mucho más, y no puedo.

¿Verdad que me disculpas?

Fernando Pessoa

3

19 de marzo de 1920, a las 4 de la madrugada

Amor mío, mi querido Bebé:

Son casi las 4 de la madrugada; a pesar de tener el cuerpo dolorido y ávido de reposo, he renunciado definitivamente a dormir. Hace tres noches que me sucede, pero ésta, sin embargo, fue una de las más horribles que he pasado en mi vida. Afortunadamente para ti, mi amor, no puedes imaginártelo. No sólo ha sido la angina y la estúpida obligación de escupir cada dos minutos lo que me desvelaba. También, a pesar de no tener fiebre, deliraba, sentía enloquecer, tenía ganas de

gritar, de gemir en voz alta, de otras mil cosas disparatadas. Y todo esto no era sólo a causa del malestar provocado por la enfermedad, sino también porque estuve todo el día de ayer impaciente con cosas que se están atrasando, cosas relativas a la llegada de mi familia; encima recibí por medio de mi primo, que vino a las siete y media, una serie de noticias desagradables que no vale la pena mencionar aquí, pues felizmente, amor mío, no se refieren a ti.

Además, caer enfermo justo ahora, cuando tengo tantos asuntos urgentes que resolver, asuntos que no puedo delegar en otras personas.

¿Ves, mi Bebé adorado, cuál es el estado de ánimo en que he vivido estos días, estos dos últimos sobre todo? No imaginas las saudades locas, constantes que he tenido de ti. Tu ausencia, aunque sólo sea de un día para otro, siempre me vence: ¡cuánto más lo he sentido al no verte los últimos tres días!

Dime una cosa, amor mío: ¿por qué te muestras tan abatida y tan triste en tu segunda carta, la que me enviaste ayer por Osorio? Entiendo que también hayas sentido saudades, pero dejaste ver tal nerviosismo, tristeza y abatimiento, que fue un inmenso dolor leer tu cartita y comprender que sufrías. ¿Qué te sucedió, amor, además de hallarnos separados? ¿Te ha sucedido algo peor? ¿Por qué hablas de mi amor en un tono tan desesperado, como dudando de él, cuando no tienes razón alguna para ello?

Estoy totalmente solo, puede decirse, pues aquí la gente de la casa, que me ha tratado en verdad muy bien, lo hace todo por obligación, y sólo me trae caldo, leche o alguna medicina durante el día, pero no me hace, ni era de esperar, compañía alguna. Y así, a estas horas de la noche, me figuro estar en un desierto; tengo sed y no tengo a nadie que me dé algo de beber; estoy medio loco por la soledad y no tengo a nadie que vele mientras intento dormir.

Tengo mucho frío, voy a echarme en la cama para fingir que descanso. No sé cuándo te enviaré esta carta o si todavía añadiré algo más.

¡Ay, amor mío, Bebé mío, muñequita mía, quién pudiera tenerte aquí! Muchos, muchos, muchos, muchos, muchos besos de tu, siempre tuyo,

Fernando

19 de marzo de 1920, a las 9 de la mañana

Mi querido amorcito:

Parece que escribirte lo anterior ha sido remedio santo. Fui enseguida a acostarme, sin esperanza alguna de dormir, y sin embargo he podido dormir tres o cuatro horas seguidas, poca cosa, pero no imaginas la diferencia que ha supuesto para mí. Me siento mucho más aliviado y, aunque la garganta todavía me arda y esté hinchada, el hecho de que el estado general haya mejorado, significa, creo, que la enfermedad va cediendo.

Si la mejoría se acentuase rápidamente, tal vez hoy mismo vuelva a la oficina, pero sin quedarme mucho tiempo; en ese caso yo mismo te entregaría esta carta.

Ojalá pueda ir; tengo que tratar ciertos asuntos urgentes, que sólo puedo resolver allí, en la oficina; desde aquí sería imposible.

Adiós, mi angelito bebé. Te cubre de besos llenos de saudade tu siempre, siempre tuyo,

Fernando

4

19 de marzo de 1920

Mi pequeño Bebé (y actualmente muy malo):

La carta que va adjunta es también la que acabo de mandar a tu casa a través de Osorio. Espero poder entregarte ambas mañana, cuando vaya a esperarte a la salida de la oficina Dupin[8].

Sobre la información que te han dado sobre mí, no sólo quiero repetirte que es completamente falsa, sino decirte también que la «persona respetable» que le dio esa información a tu hermana, o bien se la inventó por completo y encima de ser mentirosa está loca, o bien esa persona no existe y fue tu hermana quien se la inventó; no digo que se inventó a la persona, sino que se inventó que determinada persona le dijo algo que nadie le dijo.

Mira, amor mío: siempre es malo, en estas cosas, juzgar que los demás no pasan de tontos.

Sobre esa «persona», y lo que de ella me dijiste (obviamente porque te lo habían dicho), haré dos observaciones: 1. que esa persona «sabe» que me gustas; 2. que «sabe» que no es con intenciones serias que tú me gustas.

Por lo tanto, comencemos por una cosa: nadie sabe si me gustas o no, porque yo nunca hice a nadie confidente del asunto. Partamos del supuesto de que esa «persona respetable» no «sepa», pero imagine que tú me gustas. Dado que tiene que haber una base para imaginar algo semejante, esa persona debe de haber detectado entre nosotros algún intercambio de miradas, notado entre nosotros (o más bien en este caso, de mí hacia ti) alguna cosa. Quiero decir que se trata de una persona de esta oficina, que viene aquí seguido, o en todo caso, que recibe informaciones de alguien que viene aquí seguido. Pero para poder afirmar, aunque sea por informaciones de terceros, que sí, que de verdad me gustas, sólo puede tratarse de alguien de la familia de mi primo (a quien él le hubiese confiado sus «sospechas» acerca de que me gustas), o bien de la familia de Osorio.

Todas éstas son suposiciones; incluso la de que se trata de una persona de la familia de alguien que trabaja en la oficina supone concederle demasiada tolerancia a una afirmación como la: de que esa persona «sepa» que me gustas.

Si ya no hay casi nadie (nadie que lo sepa por confidencia mía, y casi nadie que lo pueda «imaginar») que sepa con seguridad si yo te amo, menos hay —no hay nadie entonces— que sea capaz de decir que yo no te amo con intenciones serias. Para eso, sería preciso estar dentro de mi corazón, y aún así, sería necesario ver mal, pues lo que vería sería una estupidez.

En cuanto a la afirmación de que tengo una «mujer», si no la has inventado tú para apartarte de mí, formula a la respetable persona (si existe) que ha informado a tu hermana, las siguientes preguntas:

1. ¿De qué mujer se trata?
2. ¿Dónde vivo o he vivido con ella, o dónde voy a visitarla (si es que nos suponen dos amantes que viven en casas diferentes) y cuánto tiempo hace que la conozco?
3. Cualquier información que identifique a esa «mujer».

Si toda la historia no es una invención tuya, te aseguro que vas a encontrarte con una «retirada» inmediata de la persona que te ha dado dicha información, la «retirada» que practican todos aquellos que son descubiertos mintiendo. Y si dicha «persona respetable» tuviese el descaro de darte detalles, basta que tú los compruebes, los investigues. Verás que son mentiras de principio a fin.

¡Ah, esto no es más que un enredo —muy infame y, como muchas cosas infames, muy estúpido— para apartarme de ti! ¿De quien provendrá el enredo? ¿O acaso no hay enredo alguno y se trata de un simple pretexto tuyo para librarte finalmente de mí? Vaya uno a saber... Lo supongo todo, tengo derecho a suponerlo todo.

En verdad creo que merecía ser mejor tratado por el Destino, por el Destino y por la gente.

A ver si consigo que esta carta llegue a tus manos hoy mismo, bajo cualquier pretexto. Si no, te la entregaré mañana, cuando nos encontremos aquí a las doce y media.

Lee con atención la carta adjunta que te escribí hoy por la madrugada y que no recibiste, porque Osorio la llevó justo cuando viniste aquí. Mira lo que es escribir una carta para luego recibir como respuesta esa serie de novedades y «cosas agradables» con que me obsequiaste.

P.S.: Después de todo, ¿cuál es la verdad en medio de todo esto? Empiezo a desconfiar de todo y de todos.

¿Cómo fue eso de no ir... y después ir... a Dupin?

¿Cómo es que de pronto fuiste a contarle confidencias a tu hermana?

Empiezo a no entender bien...

Empiezo a no saber muy bien qué pensar.

P.S.2: Otra cosa, si la tal «persona respetable» existe (cosa que dudo), analiza qué fines personales podría perseguir para querer apartarme de ti. Mira si no hay, al menos, vínculos de amistad con cualquier otro pretendiente tuyo. Esa «persona respetable» debe de ser pariente del Sr. Crosse, seguramente, en cuanto a su existencia real. Te espero mañana en la oficina a la hora convenida.

Ah, amor mío, amor mío, ¿acaso quieres huir de mí para siempre, o alguien se opone a nuestro amor?

Tuyo, siempre tuyo,

Fernando

5

20 de marzo de 1920

Mi Bebé, mi pequeño y querido Bebé:

Sin saber cuándo te entregaré esta carta, estoy en casa escribiendo, hoy domingo, luego de haber arreglado las cosas para la mudanza de mañana por la mañana. Otra vez estoy mal de la garganta; llueve y estoy lejos de ti, y esto es todo lo que tengo para consolarme hoy, ante la perspectiva del fastidio de la mudanza de mañana, tal vez con lluvia y en el mismo estado de salud, a una casa donde no hay absolutamente nadie. Naturalmente (a no ser que esté recuperado y arregle los asuntos de otro modo) tendré que pedir refugio aquí en la Baixa a Mariano

Sant'Anna, quien, además de dármele de buen grado, me trata de la garganta de manera competente, tal como hiciera el pasado día 19 cuando tuve la otra angina.

No imaginas las saudades que tengo de ti en estas ocasiones de enfermedad, de abatimiento y de tristeza. El otro día, cuando hablé contigo acerca de mi dolencia, me pareció (y creo que con razón) que el asunto te fastidiaba, que apenas te importaba. Comprendo que, estando sana, poco te aflijas por el sufrimiento de los otros, incluso cuando esos «otros» son, por ejemplo, yo, a quien dices amar. Comprendo que una persona enferma es molesta y que cuesta sentir cariño por ella. Pero sólo te pedía que fingieras ese cariño, que simularas algún interés por mí. Eso, al menos, no me hubiera apenado tanto como la mezcla de tu interés por mí y tu indiferencia por mi bienestar.

Mañana y pasado, con las dos mudanzas y mi enfermedad, no sé cuándo te veré. Cuento con lograrlo mañana a la hora convenida, a partir de las ocho de la noche. Quiero ver, por ejemplo, si consigo encontrarte al mediodía (aunque me parece difícil), pues a las ocho quien está como yo lo estoy debería estar acostado.

Adiós, amor mío, haz lo posible por quererme de verdad, por sentir mis sufrimientos, por desear mi bienestar; intenta, al menos, fingirlo.

Muchos, muchos besos de tu, siempre tuyo, pero muy abandonado y desolado,

Fernando

6

22 de marzo de 1920

Mi Bebé angelito:

No tengo mucho tiempo para escribirte, ni hay en verdad, mi pequeño amor malo, mucho que decirte que no pueda decirte mejor hablando mañana, durante el tiempo, desgraciadamente breve, que dura el recorrido desde la rua do Arsenal a la casa de tu hermana.

No quiero que te aflijas; quiero verte contenta, como es natural en ti. ¿Prometes no afligirte, o hacer lo posible para no dejar que te aflijan? No tienes razón alguna para ello, créeme.

Mira, pequeño Bebé... En tus oraciones pide una cosa que en el pasado me pareció dudosa por culpa de mi poca suerte, pero que ahora me parece mucho más posible: pide que el Sr. Crosse acierte en uno de los premios grandes, uno de los premios de mil libras en los que ha concursado. ¡No imaginas la importancia que tendría para nosotros dos si eso ocurriera! Mira, desde que he visto en el periódico inglés que recibí hoy, que él iba ya por una libra (y acabo de comprobar que había sido en un

concurso donde sus gracias no habían sido muy buenas) todo me parece posible. Actualmente él se encuentra en la doceava posición entre cerca de 20.000 (veinte mil) concursantes. ¿Acaso es imposible que algún día llegue al primer puesto? ¡Oh, si eso sucediera, amor mío, y fuera uno de los concursos grandes! (de mil libras y no de trescientas, que no resolverían nada). ¿Comprendes?

He llegado hace poco de la Estrela, de ver el 3.er piso de los 70.000 reis (mejor dicho, como no había nadie en el 3.er piso he visto el 2.º que tiene, claro está, las mismas habitaciones). Al final he resuelto el cambio. Es una casa más que buena, magnífica. Basta y sobra para mi madre, mis hermanos, la enfermera y la tía, y también para mí (sobre este asunto hay otra cosa que mañana te diré).

Adiós, amor; no te olvidarás del Sr. Crosse, ¿verdad? Mira que él es muy amigo nuestro y nos puede ser (a nosotros) de mucha ayuda.

Muchos besos de todos los tamaños de tu, siempre tuyo,

Fernando

7

23 de marzo de 1920

Mi querido y pequeño Bebé:

Hoy, casi seguro que Osorio no te podrá encontrar, pues además de esperar aquí a Valladas, debe ir naturalmente a llevar azúcar a casa de mi primo, así que es casi inútil escribirte. En todo caso, ahí van estas líneas, por si resulta posible que lleguen a tus manos. Menos mal que nuestra conversación se interrumpió casi al final, cuando íbamos a despedirnos. Era justo para evitar interrupciones como aquéllas por lo que elegí el camino que tomamos hoy. Mañana te esperaré a la misma hora, ¿de acuerdo, Bebé?

No me conformo con la idea de escribir, quisiera hablarte, tenerte siempre a mi lado, no tener que mandarte cartas. Las cartas son señales de separación, señales, al menos por la necesidad de escribirnos, de que estamos separados.

No te extrañe descubrir cierto laconismo en mis cartas. Las cartas son para las personas con quienes no me interesa hablar; para ellas escribo de buena gana. A mi madre, por ejemplo, nunca le escribí de buena gana, precisamente porque la quiero mucho. Quiero que sientas eso, que sepas que yo siento y pienso así al respecto, para que no me encuentres seco, frío, indiferente. Yo no lo soy, mi Bebé pequeño, almohadita mía color de rosa para clavarle besos (¡qué gran disparate!). Te mando un muñequito chino. Y adiós, hasta mañana, ángel mío. Una multitud entera de millares de besos de tu, siempre tuyo,

Fernando

P.S.: Osorio lleva el muñequito chino dentro de una caja de fósforos.

**8**

24 de marzo de 1920

Mi querido pequeño amor:

Hoy he estado ocupadísimo, tanto fuera como dentro de la oficina.

Van sólo dos líneas para demostrarte que no te olvido, ¡cómo si fuera fácil que yo te olvidara!

Mira, la mañana del 29 de este mes me mudo de Benfica a la Estrela; he estado ahora mismo contratando la mudanza. Eso quiere decir que el próximo domingo no nos veremos, pues pasaré el día allá, en Benfica, preparándolo todo; y es que no tendré tiempo de hacerlo durante la semana.

Estoy agotado, y aún tengo bastante de qué ocuparme hoy. Según Osorio, son las cinco y media.

Me disculpas si no te escribo más, ¿verdad? Mañana a la hora de costumbre nos encontraremos y hablaremos.

Adiós, amor pequeñito.

Muchos besos de tu, siempre tuyo,

Fernando

**9**

25 de marzo de 1920

Mi querido y pequeño amor:

Hoy estuve todo el día de acá para allá y no he tenido un lugar donde estar; quiero decir, he andado sin parar del Martinho da Arcada al Martinho del Largo de Camões, y viceversa, todo el día. Es algo muy agotador, además de ser dispendioso para quien ya no tiene la costumbre, y por lo tanto no tiene el gusto, de andar haciendo vida de café.

Vamos a ver cómo organizo mi vida para evitar semejantes paseos. Y todo esto por culpa de la firma Felix, Valladas y Freitas; visto que Valladas evidentemente no me quiere allí, y la casa es en parte suya, y mi primo no tiene arrestos para imponerse o, por lo menos, para oponerse. En fin, ya te expliqué cómo son las cosas...

Espero poder darle esta carta a Osorio para que te la entregue hoy. Ojalá que no haya complicaciones.

Dime, Ophelinha, ¿no habrá manera de encontrar un lugar y una hora para vernos alguno de estos días, de modo que podamos charlar un poco más que el cuarto de hora que lleva ir del camino del Corpo Santo a casa de tu hermana?

Mañana, cuando nos encontremos a la hora de costumbre, fíjate si puedes decirme algo al respecto.

Sigo cansado, pero ahora es el cansancio estúpido de no haber hecho nada en todo el día. Quiero decir: no perdí el día pues mantuve una larga e importante conversación (sobre negocios) con un amigo mío. Pero estoy cansado y no pude hacer (casi) nada de lo que debía hacer.

Quiero ver si puedo ir más temprano a Benfica para comenzar a organizar ciertas cosas relativas a la mudanza. Sería en verdad estupendo si pudiera verte el domingo por la tarde, por ejemplo.

Adiós, amor. Besos, besitos, besones, besocos, besocas y besititos de tu, siempre muy tuyo,

Fernando

**10**

26 de marzo de 1920

Mi querido y pequeño Bebé:

Me encuentro en el Martinho da Arcada, son las tres y media de la tarde y he «completado» mi día, esto quiere decir que ya está hecho todo cuanto, más o menos importante, tenía que hacer antes de las seis (digo «antes de las seis» porque después de las seis debo tratar otros asuntos en la Estrela).

Verás, hace casi una hora estuve en la rua de Santa Martha, donde están ahora las cartas de los apartados. No había nada para el Sr. Crosse (evidentemente la libra aún no llegó o viene certificada y todavía no han distribuido los certificados),

tampoco había nada para el apartado 146 de mi primo. Sin embargo, con gran asombro para mí, pude encontrar para el apartado 147 (el mío) además de una carta y una postal para mí, ¡una carta para mi madre y otra para uno de mis hermanos! Dado que estas cartas tienen matasellos del 17 y 18 de febrero, comprendo que ellos ya no estaban por entonces en el Transvaal. Supongo, por lo tanto, que deben de haberse embarcado seguramente en el Lourenço Marques y llegarán el 4 de abril, tal como te dije que llegarían si tomaban ese vapor.

Ahora voy a poner todo en marcha. Voy a pasar unos bonitos días de trabajo. Lo que hoy haré en la Estrela es (¡¡¡no ver a la mujer rubia de ojos azules!!!) ocuparme de la mudanza de los muebles de mi madre.

Me duele otra vez la garganta y temo una recaída. Mira tú qué gracioso recaer en estas circunstancias.

Ya tengo los papeles en la [palabra ilegible].

Adiós, amor mío; piensa a veces en mí cuando no estés distraída... Estoy convencido (por mi parte) de que te quiero. Sí, creo poder afirmar que siento por ti un verdadero afecto.

Un regimiento de besitos, de tu, siempre muy tuyo,

Fernando

**11**

27 de marzo de 1920

Mi pequeño Bebé malo y bonito:

Apenas tengo tiempo de escribir, y me temo que así será durante tres o cuatro días debido a este lío de las mudanzas y —lo que es más— de las mudanzas de prisa.

Ni siquiera sé si esta carta llegará hoy a tus manos; todavía no he visto a Osorio y ya son cerca de las seis de la tarde. Estoy escribiéndole a mi pequeño amor en el Café Arcada. Y estoy escribiendo aún con más prisa pues en unos minutos llegará mi primo. He mandado pedir (con un recado al portero del 42) que Osorio venga aquí. Veremos si puede llevar esta carta. Por suerte he dado todas las vueltas que tenía que dar y sólo me resta la cita para la mudanza de los muebles de mi madre. Me ocuparé de eso hoy a las ocho y media en la Estrela.

Mañana, como te dije, no salgo de Benfica. El lunes te esperaré a las ocho en los alrededores de la puerta de casa de tu hermana. Quiero ver si arreglo las cosas

para que la mudanza del martes (al menos, la que debe ser el martes), y que es del mobiliario de mi madre, sea por la tarde; pues de no ser así nos perderemos otro paseo al mediodía. En fin, ya te diré lo que sea el lunes por la noche.

Osorio acaba de llegar. Quiero despacharlo antes de que llegue mi primo. Por eso cierro rápida y bruscamente (discúlpame amor mío) esta carta.

Millones de besos de tu, siempre muy tuyo,

Fernando

## 12

29 de marzo de 1920

Sólo dos líneas, pequeño y querido amor mío, para avisarte que no cuentes con que aparezca a las ocho. En fin, al mediodía ya nos vimos.

Mañana, si Pantoja me sustituye allí arriba, cuento con poder encontrarte a la hora de siempre. No dejes de esperarme un momento, tomamos por punto central la Librería Inglesa.

He terminado mi mudanza. La lluvia no mojó el mobiliario; a mí, sin embargo, sí que me mojó al volver de la Estrela.

Todavía no hablé con Mariano Sant'Anna para pedirle refugio; pero le hablo enseguida.

No me siento muy bien, pero tampoco estoy peor de lo que me encontraba a mediodía, cuando hablamos.

Adiós, pequeño Bebé, hasta mañana. Besos y más besos de tu siempre tuyo,

Fernando

## 13

5 de abril de 1920

Mi Bebé pequeño y travieso:

Estoy aquí en casa, solo, salvo por el intelectual que está empapelando las paredes (claro, no iba a ser el techo o el suelo), y éste no cuenta. Tal como prometí voy a

escribirle a mi pequeño Bebé para decirle, al menos, que ella es muy mala, excepto en una cosa: el arte de fingir, en el que advierto que es una maestra.

¿Sabes?, hoy estoy escribiendo pero no estoy pensando en ti. Estoy pensando en las saudades que tengo de mis tiempos de cazador de palomas; y ésta es una cosa, como sabes, con la que nada tienes que ver...

Nuestro paseo de hoy ha sido agradable, ¿verdad? Tú estabas de buen humor, yo estaba de buen humor, y el día también estaba de buen humor. (Mi amigo, no; AA. Crosse no tiene buena salud, una libra de salud, apenas alcanza para no resfriarse).

No te sorprendas si mi caligrafía resulta algo extraña. Se debe a dos motivos. El primero es que este papel (el único de que dispongo ahora) es muy liso y la pluma pasa por él muy deprisa; el segundo es que aquí en casa he descubierto un espléndido vino de Oporto del que he abierto una botella y ya me he bebido la mitad. El tercer motivo es que sólo hay dos motivos, y por lo tanto no hay ningún tercer motivo (Álvaro de Campos, ingeniero).

¿Cuándo podremos encontrarnos a solas en cualquier parte, amor mío? Siento la boca muy extraña, sabes, por no recibir besitos desde hace tanto tiempo... ¡Mi Bebé para sentar en el regazo! ¡Mi Bebé para darle mordiscos! Mi Bebé para... (y después mi bebé es malo y me pega...). Yo te llamé «cuerpito de tentación», y lo sigues siendo, pero lejos de mí.

Ven aquí, Bebé; ven a los brazos de tu Nininho; pon tu boquita contra la boca de tu Nininho... Ven... Estoy tan solo, tan sólo de besitos....

Quien pudiera tener la seguridad de que sientes verdaderas saudades de mí. Por lo menos, eso sería un consuelo... Pero tú, si cabe, piensas menos en mí que en el muchacho del galanteo y en D.A.F. y en el contable de C.D.&C. ¡¡¡¡¡Mala, mala, mala, mala, mala...!!!!

Azotes es lo que tú necesitas.

Adiós; voy a echarme dentro de un cubo cabeza abajo para que mi espíritu descanse. Así es como hacen todos los grandes hombres, al menos cuando tienen: 1.º espíritu; 2.º cabeza; 3.º cubo donde meter la cabeza.

Un solo beso que dure todo el tiempo que dure el mundo, de tu, siempre muy tuyo,

Fernando (Nininho)

8 de abril de 1920

Mi pequeño Bebé:

Al final, ayer no te escribí porque estuve muy indispuesto en casa, y hoy he tenido el disgusto y la desilusión de no verte, aunque estuviese en la puerta de la Librería Inglesa desde las diez hasta el mediodía y hasta más de las doce y media.

¿Acaso estás enferma, pequeño Bebé?

¡Mándame decir algo, por el amor de Dios!

Estoy escribiendo de prisa en el Café Arcada, para entregarle esta carta a Osorio. Ojalá lo encuentre.

Dame noticias tuyas, ¿sí?

Mil besos de tu, siempre muy tuyo,

Fernando

**15**

16 de abril de 1920

Mi pequeño Bebé malo:

Hoy debo estar en casa exactamente al mediodía. Por eso no puedo ir a la hora convenida. Quiero ver si logro encontrar a Osorio para que te entregue esta carta entre el mediodía y las doce y media.

¿Podrás venir mañana a los alrededores de la Librería Inglesa, como de costumbre, a las once?

Me parece que esa hora, al menos durante unos días, será mejor que el mediodía. Mañana a las once, si puedes aparecer, te lo explicaré mejor.

Adiós, pequeño amor mío. Besos inmensos de tu, siempre muy tuyo,

Fernando

**16**

27 de abril de 1920

Mi pequeño Bebé lindo:

¡No imaginas la gracia que me has hecho hoy en la ventana de casa de tu hermana! Menos mal que estabas alegre y te gustó verme (Alvaro de Campos).

He estado muy triste, y además muy cansado; triste por no poder verte, y también por las complicaciones que otras personas han interpuesto en nuestro camino. He llegado a pensar que la influencia constante, insistente, hábil de esas personas, al no reñir contigo, al no oponerse de modo claro pero trabajando lentamente sobre tu espíritu, te conduzca al final a dejar de quererme. Me siento diferente; ya no eres la misma que eras en la oficina. No digo que tú misma te hayas dado cuenta, pero yo sí, o al menos he creído darme cuenta. Ojalá me equivoque...

Mira, hijita, no veo el futuro nada claro. Quiero decir: no veo lo que habrá, o lo que será de nosotros, dado, además, tu modo de ceder a las influencias de tu familia, y de ser en todo de una opinión contraria a la mía. En la oficina eras más dócil, más cariñosa, más amable.

En fin...

Mañana pasaré a la misma hora por el Largo de Camões. ¿Estarás en la ventana?

Siempre tuyo,

Fernando

**17**

29 de abril de 1920

Mi pequeño Bebé malo (y mucho):

Ayer recibí en mi apartado postal tus dos cartitas, la del 25 y la del 26, una por la mañana y otra por la tarde. También he pasado el día de ayer muy desconsolado por no haber recibido ninguna carta tuya.

Ayer no tuve manera de escribirte; estoy escribiendo hoy, 29, a las siete y media de la mañana. Acabo de levantarme, y estoy aprovechando esta tranquilidad para escribirte.

¿Así que mi Bebé ha estado triste? Nininho también lo ha tado. Y a Nininho no le gustó ayer, cuando pasó, haber dado un espectáculo a todas esas personas (no reparé en cuántas eran) en la otra ventana, la de la esquina. Sólo reparé en que

esas personas estaban siguiendo mis movimientos; por esta razón, aunque me proponga pasar hoy al mediodía como de costumbre, es posible que lo haga sólo por la acera del lado de casa de tu hermana.

No sé si recibirás esta carta antes de esa hora, pues naturalmente no podré enviártela sino cerca de esa misma hora. Por supuesto la llevará Osorio.

No, no me he olvidado del retrato, pero siempre he tenido cierto rechazo a sacarme retratos. En cualquier caso, lo haré. Tal vez mis hermanos puedan sacarme una foto.

El Sr. Crosse mandó anteayer una respuesta al concurso, ayer otra y hoy va otra más. Las dos primeras son para concursos pequeños y no hay demasiadas esperanzas. La respuesta de hoy es para uno de doscientas cincuenta libras. Otra, que debe salir pronto, es para el concurso de mil libras que cierra el 13 de mayo. Por lo tanto hay tiempo.

Preguntas si la rua Saraiva de Carvalho queda cerca de aquí. No: queda muy cerca; está aquí al lado. Depende, sin embargo, de la altura a la que te refieras. La rua S. de C. es muy larga; parte de ella está aquí, a la vuelta de la esquina. El principio está cerca de Rato; el final, en el Cementerio de los Prazeres. La rua Coelho da Rocha está cerca del final.

Veré si hoy (y los días siguientes) puedo pasar por el Largo de Camões. Pero no sé a qué hora. De modo que te pido que no vayas a interrumpir lo que tengas que hacer sólo para estar en la ventana. Me daría mucha alegría verte siempre al pasar, pero no desearía que interrumpieras tu trabajo por eso.

Adiós, pequeño Bebé; muchos besitos de tu, muy tuyo,

Fernando

P. S.: La postal inglesa dice así: «¡Ni postal, ni carta, ni nada!».

## **18**

6 de mayo de 1920

Mi pequeño Bebé:

¿Es verdad que mi Bebé me hizo una seña cuando pasé?

¿Es verdad que mi Bebé, que dijo que iba a escribirme, no me ha escrito?

¿Será que Bebé no quiere a Nininho? (No a causa de la seña, sino por no escribir).

Mira, Nininha, y ahora en serio: hoy me pareció que tenías un aire alegre, que estabas de buen humor. También parece que te gustó ver a Ibis[9], pero eso no lo aseguro por miedo a equivocarme.

¿Sigues burlándote de Nininho? (Alvaro de Campos)

No sé si mañana iré a Belem; lo más probable, como te he dicho, es que vaya. En todo caso, ya sabes: si pasadas las seis y media no aparezco, deja de esperar a Ibis. ¿Oíste?

Muchos besos y un abrazo alrededor de la cintura de Bebé.

Siempre y muy tuyo,

Fernando

**19**

22 de mayo de 1920

Mi pequeño Bebé:

Por el papel sabrás desde dónde te estoy escribiendo. Me he refugiado aquí de la lluvia y, por eso, he retrasado varias cosas que tenía que hacer, en consecuencia no podré estar en Belem para acompañar a Nininha hasta Lisboa.

Estoy un poco mejor (de salud, no de juicio), pero aún me siento bastante indispuerto.

Mañana (salvo enfermedad u otra cosa que lo impida) pasaré por tu calle entre las once y las once y media. Si pequeño Bebé quiere estar en la ventana, ve pasar a Nininho. Si no quiere, no lo ve (es autor de esta última frase mi querido amigo Álvaro de Campos).

Qué pena que la fábrica de Belem no tenga teléfono. Si lo tuviese, podría avisarte de que no iba los días que no pudiese ir, y así evitar a la Ibis del Ibis que espere a Ibis.

Adiós, Bebé queridito. Muchos besitos del malo de tu, siempre tuyo,

Fernando

**20**

23 de mayo de 1920

Mi pequeño Bebé:

Hoy, luego de pasar por tu calle y verte, volví atrás para preguntarte una cosa, pero ya no estabas. Quería saber qué harías mañana, dada la huelga de tranvías, que naturalmente no durará sólo hoy. ¿No pensarás ir a pie hasta Belem? Lo mejor es que le escribas al dueño de la fábrica explicándole por qué razón evidente no puedes ir. Además de ser una distancia enorme para cualquiera, es imposible para ti, que no eres fuerte.

Acabo de escribir este párrafo y recuerdo que hay trenes a Belem. Irás en tren, Bebé. ¿Dónde lo tomarás? ¿En Santos, en el apeadero? Tal vez allí no puedas encontrar sitio, pues mucha gente irá al Cais do Sodré —la gente que por la mañana suele llenar los tranvías que van hacia Belem—. No sé qué hacer, pequeño Bebé. Ya he preguntado aquí en el Café Arcada, donde estoy escribiéndote, pero no saben el horario de los trenes de la línea de Cascaes. No querría dejar de verte, pero tampoco querría (pues mañana tengo mucho que hacer) perder el tiempo inútilmente yendo a buscarte o a esperarte a cualquier lugar donde no estuvieras, o por donde no pasaras.

Escríbeme mañana diciéndome algo, pero sin olvidar que tengo unos días muy ocupados. Sea como fuere, mañana paso por tu calle entre las diez y las diez y cuarto, o —lo que es más seguro— a las siete y media de la tarde. ¿Quedamos así, Bebé? Así, salvo que alguna complicación me impida aparecer.

Muchos besitos de tu,

Fernando

**21**

28 de mayo de 1920

Mi pequeño Bebé, mi Nininha:

Acabo de recibir y de leer tu carta de ayer. Me ha apenado mucho, por ti, lo que me cuentas; yo lo preveía, no sólo por lo que tú me habías contado, sino también porque ayer Osorio me dijo que el muchacho había estado en la oficina de la rua da Assumpção. El joven fue allí a preguntar por mí y, como yo no estaba, le hizo a Osorio varias preguntas, si yo era tu novio, etc., y le dijo que me había visto contigo, etc., etc.

Si quería hablarme era, naturalmente, a propósito de la intriga que me comentaste, de que era su intención contarle cosas a cualquier nuevo novio tuyo. O, lo que es

aún más probable, fue allí a la oficina sabiendo que yo ya no estaba, con el pretexto de preguntar por mí e interrogar a Osorio.

Sea como sea, a mí el asunto no me interesa, y mucho menos el muchacho; sin embargo me apena que esos enredos y esas tonterías tuyas te molesten, ya directamente, ya indirectamente a través de lo que le dijo a tu padre.

Vamos a los puntos centrales de la cuestión.

Está muy bien, o casi, lo que tu hermana te aconsejó que le dijeras a tu padre. En ese sentido, no tengo nada que decir que no te haya dicho ya tu hermana. Para que la historia quede completa y sea enteramente coherente, debes añadir a lo que dirás a tu padre lo siguiente: que no andabas constantemente conmigo, y que sólo alguna que otra vez lo habías hecho. Si quieres, culpame a mí diciéndole que, al encontrarme yendo en la misma dirección, era natural que yo te acompañase.

Está bien que le digas a tu padre que alguna que otra vez podrían haberte visto conmigo cuando estabas en Dupin, pero que entonces era la cosa más natural del mundo porque, a la hora en que salías para comer, camino a casa de tu hermana, sucedía muchas veces que yo venía de casa y pasaba por el Cais do Sodré y la rua do Arsenal, donde cada día compro los periódicos ingleses. Esto debes decirlo con habilidad (para prevenir el caso de que el muchacho haya dicho, o pueda llegar a decirle a tu padre, que ya antes de estar en Belem yo andaba contigo y, por lo tanto, antes de la ocasión en que vas a decirle que yo me declaré). ¿Comprendes, Bebé?

Ahora bien, sobre el muchacho. Ese pobrecito me da ganas de reír, y confieso que me inspira cierta pena su estado mental. El muchacho no me preocupa, pero sí me preocupa lo que pueda molestarte. Voy a decirte lo que debes hacer para cortarle el vuelo al muchacho.

Como él te ataca por medio de tu padre, debes predisponer a tu padre contra él. No es necesario mentir ni intrigar. Alcanza simplemente con decirle dos cosas a tu padre, y tienes que decírselas de manera que tu padre tome buena nota de ellas. La primera es contarle lo que el muchacho te amenazó con hacer: desbaratar con intrigas cualquier nuevo noviazgo que emprendieras, intrigas que él provocará yendo a hablar con tu nuevo novio. Déjale bien en claro a tu padre que esas intrigas sólo podrían ser una difamación respecto de ti. Pregúntale si le parece bonito, si está de acuerdo en ponerse del lado de quien te está difamando, visto que comenzó (más o menos) contándole algunas mentiras y que seguramente pretende continuar esa campaña contra ti, involucrando a otras personas ajenas a tu familia, a quienes puede decirles cosas que seguro no se atreve a decir a tu padre. ¿Has comprendido? Si le dices esto como se debe, seguro que calará en su ánimo. Lo otro es que le preguntes a tu padre quién te defenderá de cualquier afrenta que te haga el muchacho cuando vayas sola por la calle, puesto que su actitud y sus amenazas te hacen temerlo. Muéstrate, en relación con esto, muy preocupada. En tales casos,

y ante un padre, nada mejor que exagerar, decir que casi tienes miedo de salir sola por temor a que te haga cualquier cosa, que es imposible vivir con tal temor, etcétera. Esto, es evidente, no ayuda en nada a mi situación, pero sirve para perjudicar al muchacho. ¿Has comprendido bien, Nininha pequeña?

Haré todo lo posible para pasar hoy a las siete y media. Aunque no es un buen día para eso, pues debo estar en casa temprano para volver a la Baixa a las nueve y hacer lo que tengo pendiente; encima sin tranvías todo tiene que hacerse con bastante anticipación para ir de un lado a otro. No tengo tiempo de decir las demás cosas que quería decirte en esta carta.

Quedan para la próxima.

Millares de besos de tu, siempre muy tuyo,

Fernando

## 22

Segunda carta, 28 de mayo de 1920

Querido pequeño Bebé del Ibis:

La carta que recién te escribí y que ya despaché en el correo no contiene, como ya te he dicho al final de ella, todo lo que te quería decir. El caso es que, cuando ya iba casi por el final (por suerte no fue antes) apareció mi primo por el Café Arcada, donde yo estaba escribiendo, y donde también estoy escribiendo ahora. Tuve que interrumpir la carta y me quedé irritado, no contra él, por supuesto, que estaba lejos de tener la culpa (incluso había quedado en ir a esa hora, a las seis), sino contra el Destino, que dispuso así de mal las cosas.

Como te digo en esa carta, tenía que estar de vuelta en la Baixa a las nueve. Pues, con el retraso de mi primo al conversar conmigo, se hicieron las siete menos cuarto; se marchó, acabé de prisa tu carta, la eché en el correo... y sólo entonces recordé que aún tenía que afeitarme.

Resultado: no tengo tiempo de ir a cenar a casa y estar de vuelta en la Baixa a las nueve. Por eso he vuelto al Café Arcada a comer algo.

Mi pequeño Bebé: lo que quería decirte en la otra carta, y no tuve tiempo, pero que te digo ahora, es lo siguiente, y te pido que aprendas bien la lección y, si me amas, que escuches este consejo:

El Destino es como una persona y deja de molestarnos si mostramos que no nos importa lo que nos haga. Por eso, tú debes tener la fuerza de pensar sólo en esto: quiero a Fernando, nada más.

Al muchacho, y a lo que él dice, trátalos con desprecio, pero con desprecio auténtico y verdadero: no pienses en él. ¿Te parece difícil? No me extraña, porque eres muy joven; ahora bien, ¿no serías capaz, si yo te lo pido, de concentrar tu espíritu en una actitud de indiferencia hacia todo cuanto no sea tu Nininho? Si no puedes hacer esto es porque todavía no sabes amar.

Lo sé bien: te importunan por todas partes, te molestan, te cansan. Ocúpate de ti misma (¿entiendes?) y no te fijes en nada de eso.

¿Me quieres a mí, al Ibis, al Nininho?

Soy muy nervioso, pero tengo ya el espíritu educado hasta el punto de aceptar con sangre fría lo peor y lo más complicado. Si tuviese diez años menos —¿qué digo?, dos años menos—, hubiera quedado muy confundido con lo que me contaste.

Me quedé fastidiado por ti, pero en cuanto a mí no imaginas lo calmo y tranquilo que estoy. Te quiero inmensamente, Bebé, créeme; esto no quiere decir que no te ame, quiere decir en todo caso que sólo le doy importancia a ti y a mí, lo demás no me importa.

¿Eres capaz de hacerme un favor? Procura estar tranquila, sentir desprecio, indiferencia. De otro modo le estarás proporcionando al muchacho un placer inmenso. Mira: de mí no saca placer alguno...

Mañana debo verte. Lo natural es que vaya a conversar contigo a Belem durante la hora del almuerzo, un poco después del mediodía. Procuraré estar en Santos a la hora de tu partida para ponernos de acuerdo.

No lo imaginas: siento una verdadera alegría. Es que me estorban, y no me disgusta que me estorben si puedo evitar los obstáculos.

¡Sécate las lágrimas, Bebé malo! ¡Hoy tienes de tu parte a mi viejo amigo Alvaro de Campos, quien por lo general siempre ha estado solo en contra tuya! Sólo vale la pena lo que se consigue con esfuerzo.

Mil besitos, besos y abrazos-corazones de tu, siempre tuyo,

Fernando

P.S.: Puede pasar que, por alguna razón contraria a mi voluntad, no pueda ir por la mañana. En ese caso, espérame en Belem pasado el mediodía. Acecha mi llegada y sube para hablarme. No es probable que tu padre esté, ¿verdad? En cuanto al muchacho, puede venir si quiere, no tiene importancia. F.

**23**

30 de mayo de 1920

Mi Bebé querido:

Imagínate que, tanto por haberme levantado muy pronto ayer, como por estar verdaderamente cansado, me he despertado hoy a las once. No he ido a la Baixa hasta pasado el mediodía y a las doce y media pasé por tu calle. Me dio mucha pena no verte pero, claro está, no me extrañó que a esa hora ya no estuvieses en la ventana. Perdóname, Bebé; no fue por mi culpa sino por culpa de mi sueño que no acudí a nuestra cita. Por supuesto te veré mañana, pero no sé si podré ir a Belem; lo más probable es que vaya a Santos. En todo caso, lo segundo es preferible.

Las condiciones en que estoy escribiendo esta carta, con mi primo paseándose por mi casa, no son muy buenas. Por eso aprovecho ahora que no está cerca, para enviarte muchos y muchos besitos.

Tuyo, siempre tuyo,

Fernando

**24**

31 de mayo de 1920

Pequeño Bebé del Nininho-ninho:

¡Oh!

Estó quibiendo para decí a Bebezinho que me gutó mucho la catita suya. ¡Oh!

Y que tuve mucha pena de no tar con Bebé y dar sitios.

¡Oh! ¡El Nininho es pequenininho!

Hoy el Nininho no va a Belem porque, como no sabía s'había tranvías, quedé en tar aquí a seis oas.

Mañana, a no se que Nininho no pueda, sale d'aquí a las cinco y media (es decir, la media[10] de las cinco y media).

Mañana Bebé espera a Nininho, ¿verdad? En Belem, ¿verdad? ¿Verdad?

Sitos, sitios y más sitios,

Fernando

**25**

Lisboa, 4 de junio de 1920

Mi Bebé Nininha:

¿Qué les ha sucedido a tus nervios entre el principio y el fin de tu cartita? Empezaste bien y alegre, pero terminaste triste.

¿Fue que pensaste en la «esclava» perdida, o en aquel sueño, acerca de mí, con el que parece haberte preocupado tanto? ¡No estés tan preocupada, Bebé mío, que a tu Nininho no le gusta!

Mañana, de Belem a Lisboa, se lo contarás todo a Ibis, ¿verdad? Y promete desde ahora (a ti misma, que yo, desgraciadamente, no estaré presente cuando recibas esta carta) que estarás de mejor humor.

Puede ser que hayan encontrado el brazalete en la tienda a la que fuiste. Pregunta allí hoy, o mañana si vienes a la Baixa.

¿Tu Nininho te pone nervioso [ric]? ¿[ilegible] el nervioso de qué, a pesar de todo, Nininho no tiene la culpa? ¿Estás nerviosa por querer, y sentir amor por Nininho? Ojalá fuese así.

Muchos besos, muchos, de tu,

Ibis

**26**

11 de junio de 1920

Mi pequeño Bebé querido:

¿Entonces mi Bebé no se quedó ayer disgustado con Ibis? ¿Encontró a Ibis cariñoso y digno de sitios? Menos mal, porque a Ibis no le gusta que Nininha se quede enfadada o triste con él, pues a Ibis, al igual que a Álvaro de Campos, le gusta mucho, mucho su pequeño Bebé.

Mira, Nininha: hoy estoy muy hastiado; no es exactamente mal humor, sino sólo lo que se dice hastiado. Hoy me sentiría mucho mejor si pudiese ir a ver enseguida a Nininha y bajar con ella desde Belem, sin Álvaro de Campos; pues a ella, naturalmente, no le gustaría que se presentara ese distinguido ingeniero.

Nininha del Ibis, estoy muy hastiado, principalmente porque cierta cosa de mi vida, todo lo que llevo preparado y estudiado para una empresa (e incluso más de una), va con mucho retraso. No digo que esté saliendo mal. Es sólo que no sale, ni de una manera ni de otra, ni mal ni bien.

Por otra parte, entre los amigos que frecuento, y a quienes esta empresa, o estas empresas, interesarían tanto como a mí, no encuentro apoyo alguno. Quiero decir que no encuentro ninguna voluntad de conjugar sus esfuerzos con los míos para hacer realidad esas ideas. Por lo general pretenden que yo lo haga todo, que yo, luego de tener las ideas y de explicar cómo deben organizarse, me ocupe también de conseguir el capital y realizar todo lo necesario para poner en marcha el proyecto. Luego, ellos se presentarían para obtener puestos en la empresa, lo que resulta ciertamente muy cómodo pero no supone una gran camaradería.

En realidad, en estas cosas, cada uno debería tener asignado su papel. Yo, con la organización de la idea y con los estudios para el desarrollo de la empresa, he cumplido mi papel; y no he hecho poco, pues se trata de lo principal: organizar las bases para el trabajo. Quieren que yo haga también el resto; y eso es pretender que el mismo individuo, haga en una oficina de jefe, contable, mecanógrafo y recadero.

No sé si estas cosas te interesan, hijita. Si te las cuento es, en cierto modo, para desahogar un poco mi malestar. Naturalmente, te molesto con todo esto pero, a fin de cuentas, son cosas que siempre tienen algo que ver con tu futuro, pues tiene que ver con el mío.

Con esto no quiero decir que esté en eso que se llama una situación angustiosa. No: quien tiene casa y familia no puede estar en una situación semejante. El mal está en sentir la vida inmóvil y está en relación con el futuro más que con el presente o, mejor dicho, sólo con el presente en relación con el futuro.

Sé que esta situación se resolverá, y sé, tan claramente como aquel hombre de las cartas que me pronosticó un futuro próspero, que dicho futuro se hará realidad (sino plenamente al menos con una relativa prosperidad) en no mucho tiempo.

Sin embargo hay momentos y días en que me desanimo; hoy es uno de esos días, y éste es uno de esos momentos.

Hoy, en verdad, tenía unas ganas inmensas de hablar contigo, no para fastidiarte con estas cosas, sino para verte y, estando junto a ti, sentirme más tranquilo.

En fin, pequeño amor, sucederá mañana. Allí estaré hacia las seis.

Muchos y muchos besos de tu cada vez más tuyo,

Fernando

**27**

13 de junio de 1920

Mi querido Bebé pequeño:

Hoy no he recibido ninguna carta tuya y por supuesto no me ha extrañado, pues sabía por la de ayer (la que me entregaste en el tranvía) que no tendrías tiempo para escribirme.

Como esta carta llega a tus manos por la mañana, quiero mandar a mi Bebé muchas y muchas felicitaciones, muchos besitos, y desearle que sea muy, muy feliz y que su cumpleaños se repita muchas veces con Bebé siempre contento.

Lo gracioso sería que el año próximo, ya pudiera felicitarte por la mañana, antes de levantarnos. ¿Comprendes, Nininha?

Muchos besos, muchísimos de tu muy tuyo,

Fernando

**28**

17 de junio de 1920

Mi pequeño Bebé:

Sólo dos palabras, porque no tengo tiempo para más, y sólo para explicarte mi ausencia.

Se está organizando una de las dos empresas de las que te hablé días atrás. No he tenido manos a la medida del trabajo que me está dando. Claro que ni por asomo me ha sido posible aparecer por Belem; y en cuanto a escribir, todavía más imposible.

Además, por tratar todos estos asuntos estoy enfermo, de modo que el cansancio es aún mayor.

Hasta pasado mañana no podré ir, o sea el 19 en Belem, a la hora de costumbre.

Discúlpame, y disculpa el papel en que te escribo.

Muchos besos, muchos de tu,

Fernando

**29**

19 de junio de 1920

Mi Bebé pequeñito:

Quizás aún pueda ir a esperarte allá arriba, pero no me has dicho dónde, ni me has confirmado la hora. No quise llamarte por teléfono por dos razones; la primera porque resulta desagradable telefonar así, incluso dando un recado «falso», a una oficina donde es tu primer día; la segunda, porque no dispongo de un teléfono desde el cual hablar sin que otros me oigan, y no quiero hablarte de un modo que los demás conozcan. Los tres teléfonos de los que hablo son: uno en el Café Arcada, y hablar allí es hablar en público; otro en la Papelería Vieira, que supone las mismas condiciones; y el tercero en una oficina a la que voy, pero ese teléfono se encuentra en la sala principal, donde están los empleados. Espero, entonces, una situación mejor y una ocasión propicia para hablarte y para verte cerca de la avenida Almirante Reis.

La empresa continúa en su etapa de organización. Estoy mal de salud y muy nervioso, pero eso no tiene importancia. Apenas tengo tiempo para escribir. Mañana paso por tu calle, yendo por la Baixa, por el lado del Conde Barão, entre las doce y las doce y media.

Adiós, Ibis mía. Estoy muy cansado.

Muchos besos de tu, muy tuyo,

Fernando

**30**

2 de julio de 1920

Pequeño Bebé querido:

Tu carta me sobresaltó y preocupó infinitamente. ¿Qué tienes? Andas siempre enferma, siempre triste, siempre misteriosa. No puedo simplemente preocuparme por ti; por fuerza debo añadir a esa preocupación dudas, múltiples celos, cosas a veces pavorosas...

Ahora no digo más. Me dejaste muy preocupado, pero sobre todo por causa de esa misteriosa enfermedad...

Deseo mucho que te mejores. Ojalá mañana pueda verte y hablarte. Muchos besos de tu, muy tuyo,

Fernando

31 de julio de 1920

Querida Ibis:

Disculpa el papel indigno en que te escribo; es el único que encontré en la cartera y aquí en el Café Arcada no tienen papel. ¿Verdad que no te importa?

Acabo de recibir tu carta con la postal, que me causó mucha gracia.

Ayer —¿no es verdad?— fue una graciosa coincidencia que yo y mi hermana fuéramos por la Baixa justo al mismo tiempo que tú. Lo que no resultó gracioso fue que desaparecieras a pesar de las señas que te hice. Fui sólo a dejar a mi hermana al hotel Avenida Palace, para que hiciese unas compras y diera un paseo con la madre y la hermana del muchacho belga que está allí. Yo salí casi inmediatamente, y esperaba encontrarte cerca para que habláramos. No quisiste. ¡Tanta prisa tenías por ir a casa de tu hermana!

¡Y, encima, cuando salí del hotel, vi la ventana de casa de tu hermana convertida en un palco (con sillas suplementarias) para el espectáculo de verme pasar! Está claro que, tras ver aquello, seguí mi camino como si allí no hubiese nadie. Cuando quiera ser payaso (para lo cual, por cierto, mi índole natural poco se adapta) me ofreceré directamente al Coliseo. ¡Era justo lo que me faltaba! ¡Tolerar la broma de ser ofrecido en spectacle a la familia!

Si no había manera de estar en la ventana sin la compañía de 148 personas, al menos podías no haber estado. Puesto que no quisiste esperarme o hablarme, podrías haber tenido la mínima cortesía —ya que no podías aparecer sola en la ventana— de no aparecer.

Ahora no puedo ponerme a explicarte estas cosas. Si tu corazón (suponiendo la existencia de ese señor) o tu intuición no te enseñan instintivamente estas cosas, yo, por mi parte, no puedo instituirme como tu profesor en la materia.

Cuando me dices que lo que más deseas es que me case contigo, me apena que al mismo tiempo no me digas que debo casarme con tu hermana, tu cuñado, tu sobrino y no sé cuántas clientas de tu hermana.

Siempre y muy tuyo,

Fernando

P.S.: Esta carta fue escrita olvidando que sueles enseñar mis cartas a todo el mundo. De haberlo tenido presente —créelo—, la habría suavizado un poco. Pero ahora ya es tarde; no importa. Además, nada importa. F.

**32**

2 de agosto de 1920

Querida Nininha pequeña:

Estaré en el Conde Barão esperándote entre las ocho y las ocho y media. Te escribo desde el lugar que consta en el papel; Osorio me hará el favor de llevar la presente hasta la casa de tu hermana.

Mira, estaré en el Conde Barão, pero en el rincón de la Panadería Inglesa, entre las dos horas citadas; pienso que te convendrán.

Siempre y muy tuyo,

Fernando

**33**

Domingo 15 de agosto de 1920

Víbora:

Recibí tu carta mala y, por cierto, no comprendo cómo fue posible que no nos encontrásemos ayer ni anteayer. ¿Diferencia de relojes? No creo, pues ninguno de estos días al llegar a la Baixa he notado en que mi reloj estuviese tan equivocado.

Sólo te escribo estas líneas para decirte que estaré mañana a las doce en punto al final de la avenida das Cortes. Vas a la oficina de la rua da Victoria a la una. Esto debe darte tiempo. Lo peor es si vas acompañada. En todo caso te esperaré hasta las doce y cuarto.

Ojalá te encuentres mejor; aunque lo tuyo no es dolor, es viboridad, o sea maldad.

Siempre y muy tuyo,

Fernando

P. S.: Estoy escribiendo en el Café Arcada a la una menos cuarto. Por eso escribo poco (contra mi costumbre) para ver si paso por tu calle no más tarde de la una.

**34**

18 de agosto de 1920

¿Bebé Nininha?

Hoy me he sentido no sólo hastiado, sino también preocupado. No te encontré en Belem, y no sé si ha sido porque no podías esperarme, porque ya te habías marchado (al suponer que yo no iría) o porque estás enferma.

Como te dije ayer, era probable que hoy llegase más tarde. Lo hice casi a las seis y media; faltaban apenas dos o tres minutos. Esperé diez minutos y como no apareciste, pensé en alguna de las causas mencionadas.

Voy a pasar ahora por el Largo de Camões: ojalá te vea en la ventana de casa de tu hermana.

Primero dejo esta carta en el correo: aquí en el Terreiro do Paço. Estoy escribiendo en el Café Arcada, por eso el papel es éste, y el sobre, uno que yo tenía en la billetera con tu dirección ya escrita a máquina.

Muchos besitos de tu siempre tuyo,

Fernando

**35**

15 de octubre de 1920

Pequeño Bebé:

Tienes más de mil, tienes millones de razones para sentirte enojada, irritada y ofendida conmigo. Pero la culpa no ha sido mía, ha sido de ese Destino que acaba de condenarme el cerebro a un estado que, si no es irreversible, por lo menos exige un tratamiento adecuado, que no sé si podré conseguir.

Pretendo (sin aplicar el célebre decreto del 11 de mayo) irme a un sanatorio el mes próximo a ver si allí encuentro algún tratamiento que me permita resistir la ola negra que se abate sobre mi espíritu. No sé cuál será el resultado del tratamiento, quiero decir: no imagino cuál podría ser.

Nunca esperes por mí; si alguna vez me presento ante ti será por la mañana, cuando vayas a la oficina, en Poço Novo.

No te preocupes.

Al fin y al cabo, ¿qué ha sucedido? ¡Me han cambiado por Alvaro de Campos!

Siempre muy tuyo,

Fernando

29 de noviembre de 1920

Ophelinha:

Agradezco su carta. Me trajo pena y alivio al mismo tiempo. Pena, porque estas cosas siempre causan pena; alivio, porque, en verdad, la única solución es ésta: no dilatar más una situación que ya no encuentra la justificación del amor, ni de una parte ni de otra. De la mía, al menos, queda una estima profunda, una amistad inalterable. No me negará Ophelinha otro tanto, ¿verdad?

Ni Ophelinha ni yo tenemos culpa de esto. Sólo el Destino tendrá la culpa, si el Destino fuese una persona a quien se le pueda atribuir la culpa.

El tiempo, que envejece las caras y el cabello, también envejece, pero aún más deprisa, las pasiones. La mayoría de la gente, porque es estúpida, consigue no darse cuenta de ello, y piensa que ama todavía porque ha contraído el hábito de sentirse amado. De no ser así, no habría gente feliz en el mundo. Las criaturas superiores, sin embargo, están privadas de la posibilidad de esa ilusión, porque no pueden creer que el amor dure; cuando lo sienten acabado, no se engañan interpretando como amor la estima o la gratitud que él ha dejado.

Estas cosas hacen sufrir, pero el sufrimiento pasa. Si la vida, que es todo, pasa, ¿por qué no han de pasar el amor y el dolor, y todas las demás cosas, que no son más que partes de la vida?

En su carta es injusta conmigo, pero la comprendo y la disculpo; la escribió con sincera irritación, acaso con amargura, pero la mayoría de la gente —hombres y mujeres— escribiría, en esa situación, en un tono aún más acerbo y con términos aún más injustos. Pero Ophelinha tiene buen carácter e incluso su irritación prescinde de la maldad. Cuando se case, si no tiene la felicidad que se merece, seguro que la culpa no será suya.

En cuanto a mí...

El amor ha pasado. Pero conservo un afecto inalterable, y no olvidaré nunca —nunca, créame— ni su figura graciosa, ni sus modos de jovencita, ni su ternura, ni su afecto, ni su índole adorable. Puede ser que me engañe, y que estas cualidades

que le atribuyo sean una ilusión mía, pero no lo creo, de ser así sería una indelicadeza atribuírselas.

No sé lo que quiere que le devuelva, cartas u otras cosas. Yo preferiría no devolverle nada, y conservar sus cartitas como memoria viva de un pasado muerto, como todos los pasados; como algo conmovedor en una vida, como la mía, en la que el progreso de los años corre parejo al progreso de la desdicha y la desilusión.

Pido que no haga como la gente vulgar, que es siempre grosera, que no me vuelva la cara cuando pase a su lado, ni me guarde rencor. Quedemos, el uno ante el otro como dos conocidos de la infancia, que se amaron un poco siendo niños y, aunque en la vida adulta sigan a otros afectos por otros caminos, siempre guardan un rincón del alma la memoria profunda de su amor antiguo e inútil.

Que esto de «otros afectos» y «otros caminos» va con usted, Ophelinha, y no conmigo. Mi destino pertenece a otra Ley, cuya existencia Ophelinha desconoce, y está cada vez más subordinado a la obediencia a Maestros que no consienten ni perdonan.

No es necesario que comprenda esto. Alcanza que me guarde con cariño en su memoria, como yo, inalterablemente, la guardaré en la mía.

Fernando

## **CARTAS A OPHÉLIA**

### **Segunda etapa**

**1920-1930**

**37**

11 de septiembre de 1929

Ophelinha:

Me gustó de corazón su carta, y en verdad no veo que la fotografía de un maleante cualquiera, por más que ese maleante sea el hermano gemelo que no tengo, resulte motivo de agradecimiento. ¿Acaso una sombra borracha ocupa un lugar en sus recuerdos?

A mi exilio, que soy yo mismo, su carta llega como una alegría familiar, y soy yo quien tiene que agradecer, pequeña.

Aprovecho la ocasión para pedirle disculpas por tres cosas, que son la misma, y de las que no he tenido culpa. Porque tres veces la he encontrado y no la he saludado, porque no la vi bien o, mejor dicho, a tiempo. Una vez fue hace ya mucho, en la rua do Ouro y por la noche, iba Ophelinha con un muchacho que supuse era su pretendiente o su novio, pero en realidad no sé si era lo que era justo que fuese. Las otras dos veces fueron recientes, y sucedieron en el tranvía que ambos tomamos y que acaba en la Estrela. La vi, una de las veces, apenas de soslayo, y es que los desgraciados que usan anteojos suelen tener un soslayo imperfecto.

Otra cosa... No, no es nada, boca dulce...

Fernando

**38**

14 de septiembre de 1929

Pequeñita:

Me gustó su carta, pero me gustó todavía más lo que vino antes de la carta, que fue su propia persona. En fin, el viaje entre el Rocio y la Estrela, que no acostumbra a ser una cosa demasiado transatlántica de belleza, fue ayer dos veces agradable, salvo al final de la segunda vez, porque, por ayer, terminó allí. Si en vez de transatlántica hubiese sido transvidiana (¡curiosa e inexplicable expresión!) habría sido preferible a todo lo preferible que fue. Es exactamente esto lo que me pregunta, y a lo que respondo.

No sé escribir cartas largas. Escribo tanto por obligación y por maldición, que llego a tener horror a escribir por cualquier fin útil o agradable. Prefiero hablar, porque para hablar es necesario estar presente, ambos presentes, salvo en ese caso infame del teléfono, donde hay voces sin caras.

Si un día cualquiera, por uno de esos lapsus en que siempre es agradable caer a propósito, nos encontrásemos y tomásemos por equivocación el tranvía de Lumiar o del Poço do Bispo (35 minutos), habría más tiempo para encontrarnos por casualidad.

El domingo, o sea mañana, la llamo por teléfono, pero no creo que pase por la Plaza del dramaturgo. No es que no pueda, sino que no me hace gracia verla a cuarenta y un metros de distancia (de la esquina de la Avenida, a la ventana de su casa). Confío en poder verla y hablarle. ¿Y si le telefonease hoy mismo? Quizá lo haga.

Ya está. Son casi dos páginas de tabarra. Pero todavía sale ganando... La tabarra será suya, pero yo me quedo con la tristeza.

Esas palabras son de un individuo que, aparte de ser «pessoa[11]», se llama preliminarmente

Fernando

### 39

Abel[12], 18 de septiembre de 1929

Requerimiento en 30 líneas

Fernando Pessoa, soltero, mayor de edad, etcétera, morador donde Dios es servido concederle que more, en compañía de diversas arañas, moscas, mosquitos y otros elementos de auxilio al buen estado de las casas y los sueños; habiendo recibido indicación —por lo demás solo telefónica— de que podrá ser tratado como [10 líneas] una persona a partir de una fecha a determinar; y de que el referido tratamiento de persona sería constituido no por un beso, sino por la simple promesa de él, y que sería aplazado indefinidamente, hasta que él, Fernando Pessoa pruebe que: 1. tiene ocho meses de edad; 2. es bonito; 3. existe; 4. le agrada la entidad encargada de la distribución de la [20 líneas] mercancía; y 5. no se suicida antes del asunto, como sería su obligación; requiere, para tranquilidad de la persona encargada de la distribución de la mercancía, que le sea librado un certificado atestiguando que: 1. no tiene ocho meses de edad; 2. es un estafermo; 3. ni siquiera existe; 4. es despreciado [30 líneas] por la entidad distribuidora; 5. se suicidó.

(Fin de las 30 líneas)

Aquí debería escribirse «Espera el vistobueno», pero no espera nada,

Fernando

### 40

24 de septiembre de 1929

Ahora mi Avispa, que en realidad es avispa pero no es mía, viene a decirme lo que ha de escribirle, que le resulte agradable, una criatura cuya inteligencia cayó en alguna parte de la rua do Ouro, cuya lucidez quedó debajo de un camión al doblar par la rua de S. Nicolau y lo demás también.

¿Mí (?) pequeña Avispa en verdad me quiere? ¿Por qué tiene esa extraña predilección por las personas mayores? En su carta dice que le cuesta trabajo soportar a unas tías, que encima no lo son, de ochenta una y de cincuenta la otra;

entonces cómo pretende soportar de buen grado a una criatura de edad semejante que ni siquiera puede ser tía, pues, salvo prueba en contrario, para esa profesión suele ser indispensable ser mujer. Cuando se es tías, claro está, hay que ser dos mujeres o más. Pero yo, hasta ahora apenas he conseguido ser un tío, sólo de mi sobrina que (es curioso) me trata de «tío Fernando» porque: 1. soy su tío efectivamente; 2. me llamo (¿lo recuerda?) Fernando; 3. no sabe pronunciar la letra 'r'.

Visto que dice que no me quiere ver y que le cuesta querer no querer verme, y que quiere que yo le telefonee, porque al menos telefonar es no estar presente, y que le escriba, porque escribir es estar a distancia, entonces, Avispa que no es mía, ya le telefoneé y estoy escribiéndole o, puedo decir, ya le escribí, pues voy a acabar aquí mismo.

Estoy preparando la cartera negra para llevarla en ella. ¿Ha oído?

Quisiera ir al mismo tiempo a la India y a Pombal. Curiosa combinación, ¿no es verdad? En todo caso es sólo parte del viaje.

¿Recuerda esta geografía, Avispa avispísima?

Fernando

## 41

Abel, 25 de septiembre de 1929

Excma. señora D.<sup>a</sup> Ophélia Queiroz

Un abyecto y miserable individuo llamado Fernando Pessoa, mi personal y querido amigo, me encargó comunicar a VE. —considerando que el estado mental de él le impide comunicar cualquier cosa, incluso a un guisante seco (ejemplo de obediencia y disciplina)— que a VE. le está prohibido:

1. pesar menos gramos
2. comer poco
3. no dormir nada
4. tener fiebre
5. pensar en el susodicho individuo

Por mi parte, como íntimo y sincero amigo que soy del maleante de cuya comunicación (con sacrificio) me encargo, aconsejo a VE. tomar la imagen mental que quizá se haya formado del individuo cuya cita está estropeando este papel

razonablemente blanco, y echar esa imagen mental por el desagüe del fregadero, por ser materialmente imposible dar tal justo destino a esa entidad fingidamente humana, a quien, por cierto le competiría si hubiese justicia en el mundo.

Saluda a VE.

Álvaro de Campos

Ingeniero naval

**42**

26 de septiembre de 1929

Ophelinha pequena:

No sé si me quiere, pero voy a escribirle esta carta por eso mismo.

Como me dijo que mañana evitaría verme entre las cinco y cuarto y las cinco y media en la parada del tranvía que no es de allí, allí estaré exactamente.

Sin embargo, como se da la circunstancia de que el señor ingeniero Alvaro de Campos tiene que acompañarme mañana durante gran parte del día, no sé si será posible evitar la presencia —por lo demás agradable— de ese señor durante el viaje a ciertas ventanas cuyo color ahora no recuerdo.

El viejo amigo al que me acabo de referir, tiene además algo que decirle. Se niega a darme cualquier explicación de lo que se trata, pero espero y confío que, ante su presencia, tendrá ocasión de decirme, o decirle, o decirnos, de qué se trata.

Hasta entonces permanezco en silencio, atento e incluso expectante.

De modo que hasta mañana, boquita dulce,

Fernando

**43**

29 de septiembre de 1929

Ophelinha pequena:

Como no quiero que diga que no le he escrito, por no haberle escrito efectivamente, le estoy escribiendo. No será una línea, como prometí, pero tampoco serán muchas. Estoy enfermo, principalmente por causa de una serie de preocupaciones y disgustos que tuve ayer. Si no quiere creer que estoy enfermo, evidentemente no lo

creerá. Pero le pido el favor de no decirme que no me cree. Ya tengo bastante con estar enfermo; no es preciso venir a dudar de ello, o a pedirme cuentas de mi salud como si dependiera de mi voluntad, o como si tuviese la obligación de dar cuentas a alguien de cualquier cosa.

Lo que le dije de trasladarme a Cascaes (Cascaes quiere decir un lugar indeterminado fuera de Lisboa pero cerca, puede ser Cintra o Caxias) es rigurosamente cierto; cierto al menos en cuanto a la intención. Alcancé la edad en que se tiene pleno dominio de las propias cualidades, y la inteligencia ha adquirido la fuerza y la destreza de que puede disponer. Es pues el momento de realizar mi obra literaria, completando unas cosas, reuniendo o escribiendo otras que están por ser escritas. Para realizar esa obra necesito tranquilidad y cierta soledad. Por desgracia no puedo abandonar las oficinas donde trabajo (no puedo, es obvio, porque no tengo rentas), pero puedo, reservando para las tareas de las oficinas dos días a la semana (miércoles y sábados), disponer para mí de los cinco días restantes. Eso significa el proyecto de Cascaes. Toda mi vida futura depende de si consigo hacer esto pronto.

Por lo demás, mi vida gira en torno a mi obra literaria, buena o mala que sea, o pueda ser. Todo el resto en mi vida tiene un interés secundario: naturalmente hay cosas que me gustaría tener y otras que tanto da si llegan o no. Es necesario que quienes me tratan se convenzan de que soy así, y de que exigirme los sentimientos, por lo demás dignos, de un hombre vulgar y banal es como exigirme que tenga los ojos azules y el cabello rubio. Y tratarme como si yo fuera otra persona no es la mejor manera de conservar mi afecto. Es preferible tratar así a quien así sea, y en ese caso «dirigirse a otra persona», o cualquier frase parecida.

Me gusta mucho —pero mucho— Ophelinha. Aprecio mucho —muchísimo— su índole y su carácter. De casarme, sólo lo haría con usted. Queda por saber si el matrimonio, el hogar (o como quieran llamarle) son cosas compatibles con mi vida interior. Lo dudo. Por ahora, quiero organizar a la brevedad esa vida interior y mi trabajo. Si no consigo organizarme, claro está que nunca pensaré siquiera en pensar en casarme. Si la organizara en términos de ver que el matrimonio sería un estorbo, claro que no me casaré. Pero es probable que no sea así. El futuro —y es un futuro próximo— lo dirá.

Ésta es, francamente, la verdad.

Adiós, Ophelinha. Duerma y coma, y no pierda gramos.

Su muy devoto,

Fernando

44

2 de octubre de 1929

Buen día, Bebé: ¿en verdad me quiere? No vengo del Abel, pero debería haber venido; en todo caso, Bebé también tiene influencias en el estilo del Abel. Tiene influencias a distancia, pero en el regazo (situación muy natural en los bebés) todavía tiene más. Y el Abel tiene aguardiente dulce, pero la boca de Bebé es dulce y también un poco ardiente, pero así está bien. ¿Me quiere? ¿Por qué? ¿Sí?

Estoy loco y no puedo escribir una carta: apenas sé escribir tonterías. Si me pudiese dar un beso, ¿me lo daría? ¿Entonces por qué no me lo da? Mala. Lo cierto es que el día de hoy se complicó de tal manera, que casi no tengo tiempo de escribirle mal este poco tiempo. Avispa.

Debo huir a casa para cenar cerca de las ocho y luego ir a casa de ese amigo mío donde suelo cenar los sábados. Hoy iré allí un rato por la noche, después de cenar. Fiera.

Y he terminado, ya está. ¿Me das la boquita para comerla?

Ibis

(Nombre de un ave de Egipto, que es esa misma)

45

9 de octubre de 1929

Terrible Bebé:

Me gustan sus cartas, que son tan dulces, y también me gusta usted, que es dulce también. Y es bombón, y es avispa, y es miel, que es de las abejas y no de las avispas, y todo es verdad, y el Bebé debe escribirme siempre, por más que yo no escriba, que es siempre, y yo estoy triste, y estoy loco, y nadie me quiere, y además por qué alguien debería quererme, y eso mismo, y todo vuelve al principio, y me parece que hoy la llamaré por teléfono, y me gustaría darle un beso en la boca, con exactitud y glotonería y comerle la boca y comer los besitos que tuviera escondidos y apoyarme sobre su hombro y resbalar hacia la ternura de las palomitas, y pedir perdón, un perdón falso, y volver muchas veces, y punto final hasta volver a empezar, y por qué Ophelinha quiere a un maleante y a un desastrado y a un zarrapastroso y a un individuo con narices de cobrador del gas y expresión general de no estar allí sino en el baño de la casa de al lado, y exactamente, y en fin, y voy a terminar porque estoy loco, y lo he estado siempre, y es de nacimiento, que es como quien dice desde que nací, y me gustaría que Bebé fuera una muñeca mía, y

yo hacía lo que un niño, la desnudaba, y el papel termina aquí mismo, y esto parece imposible que lo haya escrito un ente humano, pero está escrito por mí,

Fernando

**46**

Doy fe: 9 de octubre de 1929

Bebé fiera:

Pido perdón por fastidiarle. Se ha roto la correa del automóvil viejo que llevo en la cabeza, y mi juicio, que ya no existía, ha hecho tr-tr-r-r-r...

Tras telefonarle, estoy escribiendo, y naturalmente telefonaré otra vez, si no le estropea los nervios, y naturalmente será, no a cualquier hora, sino a la hora en que le telefonaré.

¿Me quiere porque yo soy yo o porque no? ¿O no me quieres sin mí ni no? ¿O qué?

Todas estas frases, y maneras de no decir nada, son señales de que el ex Ibis, el extinto Ibis, el Ibis sin concierto ni querimiento ajeno, acaba en Telhal o en Rilhafoles[13], y se le hace una gran manifestación a su magnífica ausencia.

Necesito cada vez más ir a Cascaes, hasta el acantilado de la Boca do Inferno, pero con dientes, cabeza abajo, y fin, y ya está, y se acabó Ibis. Yes así como era para que ese animal ave restregara su fisonomía en el suelo.

Pero si Bebé diera un besito, Ibis aguantaba la vida un poco más. ¿Lo da? Ahí está la correa partida-r-r-r-r-r-r-r-r-r-r-r...

Fernando

**47**

16 de diciembre de 1929

Bebé:

Ahí le mando —para cumplir al menos alguna promesa— las respectivas, no respetables, pero preferibles (a las actuales) narices del ibismo hace, precisamente, cuarenta años. Comparando la fisonomía relativamente humana del pequeño

animal que el retrato representa, con la imitación de hocico avergonzado que actualmente ofende a la humanidad encima del pescuezo del signatario de la presente; comparando...

Oh, pequeño bebé, un beso de,

Fernando

**48**

11 de enero de 1930

Bebé:

Obtenida la debida autorización del Sr. Ing. Alvaro de Campos, le mando el poema escrito entre las estaciones de Casa Branca y Barreiro A, con la inspiración terminándose, entretanto, en la estación de Moita.

Este poema debe ser leído de noche en un cuarto sin luz. También, debidamente aprovechado, sirve para hacer papelotes para las muñecas de trapo, para tapar las cerraduras contra el frío, las miradas y las llaves, y para tomar medidas para zapatos a pies que no tengan mayor tamaño que el papel.

Creo que ya están hechas todas las recomendaciones para su uso. No es necesario agitar antes de usar.

Hasta luego.

Ibis

Casa Branca - Barreiro A

(Poema de la pila)

Toda persona que tiene las manos frías  
debe meterlas dentro de las pilas.

Pila número UNO

para quien mueve las orejas en ayuno.

Pila número DOS,

para quien de bistecs de buey es bebedor.

Pila número TRES,

para quien estornuda solo una vez.

Pila número CUATRO,

para quien manda las narices al teatro.

Pila número CINCO,

para quien se come la llave del recinto.

Pila número SEIS,

para quien se peina con pastel y no lo veis.

Pila número SIETE,

para quien derrite el trabajo que acomete.

Pila número OCHO,

para quien rompe las nueces del bizcocho.

Pila número NUEVE,

para quien como una col se mueve.

Pila número DIEZ,

para quien se pega sellos en las uñas de los pies.

Y, como las manos ya no están frías,

¡A tapar las pilas!

MOITA

Silencio en la estación

a discreción del usuario[14].

# POEMAS

\*

Poemas entregados a Ophélie

I

Quedé loco, quedé tonto,  
mis besos fueron sin cuento,  
y la apreté contra mí,  
y la enlacé con mis brazos,  
y así me embriagué de abrazos,  
quedé loco y fue así.

Dame besos, dame tantos  
que preso de tus encantos  
prisionero de tus brazos,  
no sienta mi propia vida,  
ni mi alma, ave perdida,  
en tu cielo azul-amor.

Boquita de mis amores,  
bonita como las flores,  
mi muñequita que tiene  
bracitos para abrazarme  
y tantos besos por darme  
como yo le doy también.

Botón de rosa, niñita,  
cariñosa, pequeñita,  
cuerpito de tentación,  
ven a morar en mi vida,

dale en ti tierna guarida  
a mi pobre corazón.

No descanso, no proyecto,  
inseguro y siempre inquieto,  
cuando no te veo, amor,  
por besarte y no besarte,  
por no colmar mi deseo  
ni con mi beso mayor.

Ay qué tortura, qué fuego,  
si estoy cerca de ella y luego,  
hay nieblas en mi mirar,  
y una nube cubre mi alma,  
perdida ya toda calma  
y yo sin poderla hallar.

## II

Mis palomas ya volaron.  
Hacia alguien volarían.  
Yo sé que me las quitaron;  
no sé a quién se las darían.  
Mis palomas, mis palomas,  
ya no tenéis vuestros nidos,  
junto a mí.

Como ellas, mis cariños,  
¡y los han matado así!

## III

Aunque no me lo parece,  
es muy pequeña mi amada.

Le dio una coza una pulga  
y la arrojó de la cama.

IV

Yo tengo un Bebé  
que es  
en cuanto al tamaño  
así: •

En cuanto al amor que le tengo

esta línea da la vuelta al mundo.

¡Ay de mí!

V

Cuando pasa un día entero  
y a mi amor no puedo ver  
lo cubre un frío de enero  
al junio de mi querer.

VI

Y mi amor ya no me quiere  
ya me olvida y me desama  
poco tiempo la mujer  
tarda en probar que no ama.

Otros poemas

I

Aquí se está sosegado,  
lejos del mundo y la vida,  
lleno de estar sin pasado,

hasta el futuro se olvida.

Aquí se está sosegado.

Tenía gestos inocentes,  
sus ojos reían profundos.

Pero invisibles serpientes  
la volvían de este mundo.

Tenía gestos inocentes.

Aquí todo es paz y mar.

Lejos la vista se pierde  
sola, ya empieza a tornar  
en sombra el azul que es verde.

Aquí todo es paz y mar.

Sí, podría haber sido...

Mas deseo ni razón  
nunca al mundo han conducido  
a placer o conclusión.

Sí, podría haber sido...

Ahora no olvido y sueño.

Cierro los ojos y al mar

oigo, y oyéndolo, creo

que veo al azul verdear.

Ahora no olvido y sueño.

No fue a propósito, no.

Que sus gestos inocentes

tocaban mi corazón

como invisibles serpientes.

No fue a propósito, no.

Duermo y muy solo despierto.

¿Qué sucedió con mi vida?

Aspas de un molino yerto:

un movimiento sin lidia...

Duermo y muy solo despierto.

Nada explica ni consuela.

Todo está bien, aunque nos

lastima y nos desconsuela

que uno no pueda ser dos.

Nada explica ni consuela.

Fernando Pessoa

29 / 3 / 1929

II

El amor es una compañía.

Ya no sé andar sólo por los caminos.

Porque ya no puedo andar solo.

Un pensamiento visible me hace andar más deprisa

y ver menos, y al mismo tiempo disfrutar de ir viéndolo todo.

Incluso la ausencia de ella es algo que está conmigo.

Ella me gusta tanto que no sé cómo deseirla.

Si no la veo, la imagino y soy fuerte como los árboles altos.

Pero si la veo, tiemblo; no sé qué ha sido de lo que siento en su ausencia.

Todo yo soy una fuerza que me abandona.

Toda la realidad mira hacia mí como un girasol con la cara de ella en medio.

Alberto Caeiro

10 / 7 / 1930

III

Pasé toda la noche, sin dormir, viendo, sin espacio, su figura,  
y viéndola siempre de maneras diferentes a cómo la encuentro.  
Hago pensamientos con el recuerdo de lo que ella es cuando me habla,  
y en cada pensamiento ella cambia de acuerdo con su semejanza.

Amar es pensar.

Y yo casi me olvido de sentir sólo de pensar en ella.

No sé bien lo que quiero, incluso de ella, y yo sólo pienso en ella.

Tengo una gran distracción animada.

Cuando deseo encontrarla.

Casi prefiero no encontrarla,

para no tener que dejarla luego.

No sé bien lo que quiero, ni quiero saber lo que quiero.

Sólo quiero pensar en ella.

No pido nada a nadie, ni a ella, sino pensar.

Alberto Caeiro

10 / 7 / 1930

IV

Quiere poco: tendrás todo.

Quiere nada: serás libre.

El mismo amor que tengan

por nosotros, nos quiere, nos oprime.

Ricardo Reis

1/ 11 / 1930

V

No quiero, Cloe, tu amor, que oprime

porque me exige amor. Quiero ser libre.

La esperanza es un deber del sentimiento.

Ricardo Reis

1/11/1930

VI

No sólo quien nos odia o nos envidia  
nos limita y oprime; quien nos ama  
también nos limita.

Que los dioses me concedan que, desprovisto

De afectos, tenga la fría libertad  
de las cumbres sin nada.

Quien quiere poco, tiene todo; quien nada quiere  
es libre; quien no tiene y no desea,  
hombre es como los dioses.

Ricardo Reis

1 / 11 / 1930

VII

No sé si es amor que tienes, o amor que finges,  
el que me das. Lo das. Tanto me basta.

Ya que no lo soy por tiempo,  
seré joven por error.

Poco los dioses nos dan, poco y falso.

Pero, si lo dan, por falso que sea, la dádiva  
es verdadera. Acepto,  
cierro los ojos: es bastante.

¿Qué más quiero?

Ricardo Reis

1 / 11 / 1930

VIII

De la musique

Ah, poco a poco, entre los árboles antiguos,

la figura de ella emerge y yo dejo de pensar...

Poco a poco, de la angustia de mí voy yo mismo emergiendo...

Las dos figuras se encuentran en el claro al pie del lago...

... Las dos figuras soñadas,

porque esto fue solo un rayo de luna y una tristeza mía,

y una suposición de otra cosa,

y el resultado de existir...

¿Verdaderamente se habrán encontrado las dos figuras

en el claro al pie del lago?

(... Pero, ¿y sí no existieran?...)

... ¿En el claro al pie del lago?...

Álvaro de Campos

17 / 9 / 1929

IX

Guiso al estilo de Oporto

Un día, en un restaurante, fuera del espacio y del tiempo,

me sirvieron el amor como guiso frío.

Dije delicadamente al misionero de la cocina

que lo prefería caliente,

que el guiso (y era al estilo de Oporto) nunca se come frío.

Se impacientaron conmigo.

Nunca se puede tener razón, ni en un restaurante.

No comí, no pedí otra cosa, pagué la cuenta,

y me fui a pasear por la calle.

¿Quién sabe qué quiere decir esto?

Yo no lo sé, y me pasó a mí...  
(Sé muy bien que en la infancia de todos hubo un jardín,  
particular o público, o del vecino.  
Sé muy bien que nuestro juego era dueño de él.  
Y que la tristeza es de hoy).  
Sé eso muchas veces,  
pero, si yo pedí amor, ¿por qué me trajeron  
guiso al estilo de Oporto frío?  
No es plato que se pueda comer frío,  
pero me lo trajeron frío.  
No me quejé, pero estaba frío.  
Nunca se puede comer frío, pero vino frío.

Álvaro de Campos

S/d.

X

Todas las cartas de amor son  
ridículas.  
No serian cartas de amor si no fuesen  
ridículas.  
También en mi tiempo escribí cartas de amor,  
como las demás,  
ridículas.  
Las cartas de amor, si hay amor,  
tienen que ser  
ridículas.  
Pero, al final,  
sólo las criaturas que nunca escribieron

cartas de amor  
son las que son  
ridículas.

Quién me devolviera el tiempo en que escribía

sin darme cuenta  
cartas de amor  
ridículas.

Lo cierto es que hoy  
mis recuerdos  
de aquellas cartas de amor  
son los que son  
ridículos.

(Todas las palabras esdrújulas,  
como los sentimientos esdrújulos,  
son naturalmente  
ridículas).

Álvaro de Campos

21 / 10 / 1935

Poemas entregues a Ophélia

I

Fiquei louco, fiquei tonto,  
Meus beijos foram sem conto,  
Apartei-a contra mim,  
Enlacei-a nos meus braços,  
Embriaguei-me de abraços,  
Fiquei louco e foi assim.

Dá-me beijos, dá-me tantos  
Que enleado em teus encantos,  
    Preso nos abraços teus,  
    Eu não sima a própria vida  
Nem minha alma, ave perdida  
No azul-amor dos teus céus.  
Boquinha dos meus amores,  
    Lindinha como as flores,  
    Minha boneca que têm  
Bracinhos para enlaçar-me  
E tantos beijos p'ra dar-me  
Quantos eu lhe dou também.  
    Botao de rosa menina,  
    Carinhosa, pequenina,  
    Corpinho de tentação,  
Vem morar na minha vida,  
    Dá em ti terna guarida  
    Ao meu pobre coração.  
Não descanso, não projecto,  
Nada certo e sempre inquieto  
    Quando te não vejo, amor,  
    Por te beijar e não beijo,  
Por não me encher o desejo  
Mesmo o meu beijo maior.  
    Ai que tortura, que fogo,  
Se estou perto d'ela é logo  
Uma névoa em meu olhar,

Uma nvem em minha alma,  
Perdida de toda a calma,  
E eu sem a poder achar.

II

Os meus pombinhos voaram.  
Eles pr'a alguém voariam.  
Eu só sei que m'os tiraram;  
N sei a quem os dariam.

Meus pombinhos, meus pombinhos,  
Que já n têm os seus ninhos  
Ao p de mim.

São assim os meus carinhos  
Matam-os todos assim!

III

O meu amor  pequeno,  
Pequenino não o acho.  
Uma pulga deu-lhe um coice,  
Deitou-o da cama abaixo.

IV

Eu tenho um Bb  
Que   
Quanto ao tamanho  
Assim: •  
Quanto ao amor que lhe tenho  
  
Esta linha d a volta ao mundo  
Ai de mim!

V

Quando passo um dia inteiro  
Sem ver o meu amorzinho  
Cobre-me um frió de Janeiro  
No Junho de meu carinho.

VI

O meu amor já me não quer  
Já me esquece e me desama  
Tão pouco tempo a mulher  
Leva a provar que não ama.

Outros poemas

I

Aqui está-se sossegado,  
Longe do mundo e da vida,  
Cheio de não ter passado,  
Até o futuro se olvida.  
Aqui está-se sossegado.  
Tinha os gestos inocentes,  
Seus olhos riam no fundo.  
Mas invisíveis serpentes  
Faziam-a ser do mundo.  
Tinha os gestos inocentes.  
Aqui tudo é paz e mar.  
Que longe a vista se perde  
Na solidão a tornar  
Em sombra o azul que é verde!  
Aqui tudo é paz e mar.

Sim, poderia ter sido...  
Mas vontade nem razão  
O mundo têm conduzido  
A prazer ou conclusão.  
Sim, poderia ter sido...  
Agora não esqueço e sonho.  
Fecho os olhos, oiço o mar  
E de ouvi-lo bem, suponho  
Que veio azul a esverdear.  
Agora não esqueço e sonho.  
Não foi propósito, não.  
Os seus gestos inocentes  
Tocavam no coração  
Como invisíveis serpentes.  
Não foi propósito, não.  
Durmo, despertó e sozinho.  
Que têm sido a minha vida?  
Velas de inútil moinho—  
Um movimento sem lida...  
Durmo, desperto e sozinho.  
Nada explica nem consola.  
Tudo está certo depois.  
Mas a dor que nos desola,  
A mágoa de um não ser dois  
Nada explica nem consola.

Fernando Pessoa

29 /3 / 1929

## II

O amor é uma companhia.

Já não sei andar só pelos caminhos.

Porque já não posso andar só.

Um pensamento visível faz-me andar mais depressa

E ver menos, e ao mesmo tempo gostar bem de ir vendo tudo.

Mesmo a ausência dela é urna cousa que está comigo.

E eu gosto tanto dela que não sei como a desejar.

Se a não vejo, imagino-a e sou forte como as árvores altas.

Mas se a vejo tremo, não sei o que é feito do que sinto na ausência dela.

Todo eu sou qualquer forga que me abandona.

Toda a realidade olha para mim como um girassol com a cara dela no méio.

Alberto Caeiro

10/7 / 1930

## III

Passei toda a noite, sem dormir, vendo, sem espaço, a figura dela,

E vendo-a sempre de maneiras diferentes do que a encontró a ela.

Faço pensamentos com a recordação do que ela é quando me fala,

E em cada pensamento ela varia de acordo com a sua semelhança.

Amar é pensar.

E eu quase que me esqueço de sentir só de pensar nela.

Não sei bem o que quero, mesmo dela, e eu não penso senão nela.

Tenho urna grande distração animada.

Quando desejo encontrá-la

Quase que prefiro não a encontrar,

Para não ter que a deixar depois.

Não sei bem o que quero, nem quero saber o que quero.

Quero só Pensar nela.

Não peço nada a ninguém, nem a ela, senão pensar.

Alberto Caeiro

10 / 7 / 1930

IV

Quer pouco: terás tudo.

Quer nada: serás livre.

O mesmo amor que tenham

Por nós, quer-nos, oprime-nos.

Ricardo Reis

1/ 11/ 1930

V

Não quero, Cloe, teu amor, que oprime

Porque me exige amor. Quero ser livre.

A'sperança é um dever do sentimento.

Ricardo Reis

1/ 11 / 1930

VI

Não só quem nos odeia ou nos inveja

Nos limita e oprime; quem nos ama

Não menos nos limita.

Que os deuses me concedam que, despido

De afetos, tenha a fria liberdade

Dos píncaros sem nada.

Quem quer pouco, têm tudo; quem quer nada

É livre; quem não têm, e não deseja,

Homem, é igual aos deuses.

Ricardo Reis

1 / 11 / 1930

VII

Não sei se é amor que tens, ou amor que finges,

O que me dás. Dás-mo. Tanto me basta.

Já que o não sou por tempo,

Seja eu jovem por erro.

Pouco os deuses nos dao, e o pouco é falso.

Porém, se o dao, falso que seja, a dádiva

É verdadeira. Aceito,

Cerro olhos: é bastante.

Que mais quero?

Ricardo Reis

1/ 11 / 1930

VIII

De la musique

Ah, pouco a pouco, entre as árvores antigas,

A figura dela emerge e eu deixo de pensar...

Pouco a pouco, da angústia de mim vou eu mesmo emergindo...

As duas figuras encontram-se na dareira ao pé do lago...

... As duas figuras sonhadas,

Porque isto foi só um raio de luar e urna tristeza minha,

E urna suposição de outra coisa,

E o resultado de existir...

Verdadeiramente, ter-se-iam encontrado as duas figuras

Na clareira ao pé do lago?

(... Mas se não existem?...)

... Na dareira ao pé do lago?...

Alvaro de Campos

17/9 /1929

IX

Dobrada a moda do Porto

Um dia, num restaurante, fora do espaço e do tempo,

Serviram-me o amor como dobrada fria.

Disse delicadamente ao missionário da cozinha

Que a preferia quente,

Que a dobrada (e era a moda do Porto) nunca se come fria.

Impacientaram-se comigo.

Nunca se pode ter razão, nem num restaurante.

Não comi, não pedi outra coisa, paguei a conta,

E vim passear para toda a rua.

Quem sabe o que isto quer dizer?

Eu não sei, e foi comigo...

(Sei muito bem que na infância de toda a gente houve um jardim,

Particular ou público, ou do vizinho.

Sei muito bem que brincarmos era o dono dele.

E que a tristeza é de hoje).

Sei isso muitas vezes,

Mas, se eu pedi amor, porque é que me trouxeram

Dobrada a moda do Porto fria?

Não é prato que se possa comer frió,

Mas trouxeram-mo frió.

Não me queixei, mas estava frió,

Nunca se pode comer frió, mas veio frió.

Alvaro de Campos

S/d.

X

Todas as cartas de amor são

Ridículas.

Não seriam cartas de amor se não fossem

Ridículas.

Também escrevi em meu tempo cartas de amor,

Como as outras,

Ridículas.

As cartas de amor, se há amor,

Têm de ser

Ridículas.

Mas, afinal,

Só as criaturas que nunca escreveram

Cartas de amor

É que são

Ridículas.

Quem me dera no tempo em que escrevia

Sem dar por isso

Cartas de amor

Ridículas.

A verdade é que hoje

As minhas memórias

Dessas cartas de amor

É que são

Ridículas.

(Todas as palavras esdrúxulas,  
Como os sentimentos esdrúxulos,  
São naturalmente  
Ridículas).

Alvaro de Campos

21 / 10 / 1935

Todas las cartas de amor son  
ridículas.

No serían cartas de amor si no fuesen  
ridículas.

También en mi tiempo escribí cartas de amor  
como las demás,  
ridículas.

Las cartas de amor, si hay amor,  
tienen que ser  
ridículas.

Pero, al final,  
sólo las criaturas que nunca escribieron  
cartas de amor  
son las que son  
ridículas.

Alvaro de Campos

## Notas

[1] Así lo afirma David Mourao Ferreira, a quien se debe la iniciativa de la publicación original de estas cartas, en el excelente ensayo que acompaña a la edición portuguesa. <<

[2] Para un sugestivo itinerario de los lugares dilectos de Pessoa (en especial de Campos y Soares), cfr. Maria José de Lancastre, «Peregrinado ad loca fernandina: la Lisboa di Pessoa», en Quaderni portoghesi, I (1977), 117-135. <<

[3] «Nadie ama a otro, ama solamente / lo que de sí hay en él, o lo que supone». <<

[4] «Es el amor lo esencial. / El sexo no es más que un accidente. / Puede ser igual / o diferente. / El hombre no es un animal: / es carne inteligente, / por más que enferma a veces». <<

[5] El problema de la «ficción» que atañe a las cartas a Ophélia ha sido analizado con gran finura por J. A. Seabra, «Amor e fingimento. Sobre as Cartas de Amor de Fernando Pessoa», en Persona núm. 3, Oporto: Centro de Estudos Pessoaanos, 1979, 77-85. <<

[6] Ophélia quería una prueba escrita en la que Pessoa declarase que era su pretendiente y que sus intenciones eran serias. <<

[7] Osorio era el recadero de la empresa donde Ophélia y Pessoa trabajaban. <<

[8] En marzo de 1920, Ophélia pasó a trabajar en las oficinas de la casa C. Dupin, en el Cais do Sodré. <<

[9] Hacia 1907, Pessoa había fundado una imprenta efímera a la que dio el nombre de Empresa Ybis, Tipographia Editora, Oficinas a Vapor. Pessoa solía llamarse Ibis a sí mismo. En Vida e obra de Fernando Pessoa (1950), Joao Gaspar Simões escribe que el poeta «conservará siempre este símbolo, permitiendo que los niños amigos suyos le traten familiarmente de “Ibis”, alentando personalmente ese trato al levantar una pierna y quedarse, sólo sostenido en un pie, recitando los versos que había compuesto para tales ocasiones: “El Ibis, el ave de Egipto, / se para siempre en un pie, / lo que es / inaudito. / Es un ave sosegada, / porque así no anda nada”». <<

[10] En la carta original, Pessoa dibujó un calcetín. <<

[11] En portugués, pessoa vale por «persona». <<

[12] Bodega frecuentada por el poeta. <<

[13] Hospitales psiquiátricos. <<

[14] Casa Branca - Barreiro A, (Poema pial)

«Toda a gente que têm as mãos frias / Deve mettel-as dentro das pias. / Pia numero UM, / Para quem mexe as orelhas em jejum. / Pia numero DOIS, / Para quem bebe bifés de bois. / Pia numero TREZ, / Para quem espirra sí meia vez. / Pia numero QUATRO, / Para quem manda as vendas ao teatro. / Pia numero CINCO, / Para quem come a chave do trinco. / Pia numero SEIS, / Para quem se penteia com bolos-reis. / Pia numero SETE, / Para quem canta até que o trabalho se derrete. / Pia numero OITO, / Para quem quebra nozes quando é afoito. / Pia numero NOVE, / Para quem se parece com urna couve. / Pia numero DEZ, / Para quem colla sellos nas unhas dos pés. / E, como as mãos já não estão frias, / Tampa nas pias! / MOITA / Silencio na estação / á vontade do freguez». <<